

LA LIBRETA DE MONSIEUR DUPONT

Fue junto a esa fuente que hay cerca de Beasain, según se va para Francia a mano derecha. Un paquete de "Gitane", la primera hoja de una "Dépêche" y una agenda muy ordenada. El perdedor era de Clermont-Ferrand, tenía su cuenta en el Crédit Lyonnais, disfrutaba de un Rh positivo y además, como los franceses lo apuntan todo, gastaba de zapatos el 41, camisas del 40, y el calzoncillo ("Eminence"), de la talla 5. Confieso que con esto bastaba para devolver el hallazgo. Pero yo no tengo la culpa de que en las hojas siguientes hubiese una letra demasiado clara, con sus márgenes primorosos, fácil de copiar.

El amigo que así hablaba me tendió unas cuartillas.

* * *

"España se divide en dos campos: los funcionarios, que se quejan; los no funcionarios, que atribuyen todo el mal a los funcionarios. El resultado es que todos los días, salvo el domingo -día de tregua en que, por añadidura, los españoles confiesan aburrirse-, 32 millones de ciudadanos son lanzados contra el 33 millón. A primera vista la inferioridad numérica deberla condenar a los funcionarios. Pero jamás se deben juzgar las cosas a primera vista en España. Uno penetra sin cesar en nuevos misterios y acaba por comprender por qué estas gentes son incomprensibles. El ciudadano que entra en una oficina pública sabe de antemano que habrá de pasear de la oficina del entresuelo a la taquilla B de la tercera planta, de allí al estanco, del estanco al entresuelo, del entresuelo... A salvo, detrás de su ventanilla, el funcionario sigue inmutable; él tiene sobre el asaltante la confortable superioridad de las gentes sentadas a la terraza de los cafés sobre los que pasan."

"Uno no sabe qué pensar de gentes que gesticulan cuando hablan, que hablan cuando comen, que se creen obligados a hacer la corte a vuestra mujer, que juzgan incorrecto llegar a las 10 cuando han sido invitados para las 10, que tratan de pasar delante de otros en una cola, que utilizan escarbadiantes en la mesa (lo que podría pasar inadvertido si no se creyeran obligados a poner su mano izquierda como biombo), que tienen más prisa en colgar el teléfono que en excusarse cuando se han equivocado al marcar, que se ponen sus trajes nuevos el domingo... Y para colmo, su comportamiento con las mujeres: cuando un francés se cruza con una mujer guapa en la calle, él la ve sin mirarla, no se vuelve jamás y continúa viéndola correctamente con

el pensamiento; muy a menudo, cuando un español tiene un parecido encuentro, mira en primer lugar las piernas de la mujer para ver si está tan bien como aparenta, se vuelve para tener una mejor perspectiva del asunto, y, finalmente, se da cuenta de que él sigue el mismo camino que ella... "

"En España se exagera el menor incidente. En Francia, se minimiza la más grande catástrofe. Si un español llega a una cena con una hora de retraso porque se ha equivocado de fecha, toda a velada hablará de su inverosímil aventura. Si un francés llega con algunos minutos de retraso porque se ha hundido el techo de su casa, dirá que ha sido retenido por un ligero contratiempo. En Francia, nos guardamos de aludir en público a la vida privada de las gentes. En España, al contrario, uno se sumerge en la intimidad del vecino con voracidad..."

"El peatón francés que ve pasar un millonario en su "Cadillac", sueña secretamente el día en que él mismo podrá tener el suyo. El peatón español que ve pasar un millonario en un "Cadillac", sueña secretamente el día en que él mismo podrá hacerle bajar del coche para que ande como los demás."

"En cuanto ha comprado un coche, el señor Fernández no tiene más urgencia que ésta: transformarlo hasta hacerlo menos de serie. Ayudado por innumerables comerciantes que le venden cada uno un pequeño chisme, el señor Fernández adorna su vehículo con toda clase de accesorios hasta hacerlo irreconocible."

"Los Pérez, mis anfitriones en Madrid, han recibido la visita de un conocido suyo, alemán. Esta mañana el alemán dijo: "Ahora deberíamos ver la sepultura de Goya". Si la sepultura de Goya estuviera en Florencia, el señor Pérez la habría visitado ya tres veces. Pero, habitando Madrid durante cuarenta años, no la conocía aún. Mi anfitrión trató de desviar al alemán de su proyecto. "¿Y si fuésemos a tomar una horchata al Retiro?" Pero no. Los alemanes tienen a veces ideas fijas. Este quería su sepultura de Goya. ¡Cualquiera hace cambiar el rumbo a un alemán! "Es fácil -le dijo el señor Pérez-, yo lo llevaré". Confesar no conocer la sepultura de Goya, para un madrileño, es humillante. Pero no saber siquiera dónde ir a buscarla, es espantoso. So pretexto de comprar tabaco, mi amigo se alejó un instante, vio un guardia, el guardia pareció dudar, sacó su callejero, bromearon los dos."

"Hay que tener cuidado con los españoles en general, pero en la carretera en particular. Para un francés que llega a España, es indispensable saber en primer lugar que hay dos clases de españoles: los de a pie y los motorizados. Los de a pie abominan de los motorizados, y los motorizados aterrorizan a los de a pie. Los primeros se pasan al campo de los segundos en cuanto se les pone un volante en las manos. (Así acontece en el teatro con los retrasados que, tras haber molestado a una docena de personas

para sentarse, son los primeros en protestar contra los que tienen el tupé de llegar más tarde.) Podría pensarse que el apetito de velocidad del español es función de la potencia de su coche. Error. Cuanto más pequeño es el coche, más de prisa quiere ir el hombre. En este reino de la paradoja, los autos más potentes son los menos peligrosos. En cuanto a las españolas..., ese encantador espíritu de indecisión gracias al cual puede uno deducir del encendido de un intermitente izquierdo que una conductora va a girar a la derecha (aunque tampoco es seguro)... Existe, sin embargo, un súper-peligro en este país, donde, como en muchos otros, tantas mujeres no saben ni conducir ni fumar: las que conducen fumando..."

* * *

Devolví a mi amigo las hojas, que aún seguían; y ambos, con escasos reparos, calificamos de ingenioso su contenido.

Pero luego, el resto del día, un remusgo me cosquilleaba por dentro. De manera que llegué a casa y me puse a dar vueltas junto a la estantería de los libros. Me acudió de repente. No dije ¡eureka!, pero sí suspiré de alivio. Fui derecho a la ringlera de los "Livre de Poche". D... , D... , Daninos Pierre. "Les carnets du major Thompson". En cuanto pude, le dije a mi informador que su monsieur Dupont no merecía que le devolvieran ni siquiera el documento de identidad. ¡Un vil plagiario! Entonces se aclaró que todo había sido invención de mi amigo, una broma de verano.

-Realmente -se excusó-, si el escritor francés se inventaba a un mayor inglés para que hablara de los franceses, ¿por qué no sacarme yo un Dupont francés que hablase de los españoles?

-¿Pero, el plagio...? -insistí.

-¡Claro! Como que sólo cambié, al traducir, los detalles indispensables. Y un poco... -confesó- habrá sufrido el estilo. Lo que yo quería demostrar es que las observaciones británicas sobre los galos convienen casi exactamente para que los galos se las apliquen a los celtiberos.

Tuve que reconocerlo.

-Y aún pienso -concluyó él- que se podría seguir la bola con un fingido señor García, de Badajoz, que dijera idénticas cosas de los portugueses. Y luego un portugués...

Antonio PEREIRA